



Enric Benavent y Carmen Machi representan la obra 'El arte de la comedia' en el Teatro La Abadía de Madrid. / EFE

TEATRO

La magia pura de la escena

'EL ARTE DE LA COMEDIA'

Autor: Eduardo de Filippo. / Dirección, escenografía e iluminación: Carles Alfaro. / Intérpretes: Enric Benavent, Pedro Casablanc, José Luis Alcobendas, Carmen Machi, Lola Manzano y otros. / Escenario: La Abadía.
 Calificación: ★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Un inmenso gozo por el amor al teatro que destila *El arte de la comedia* se experimenta cuando se apagan las luces: los cómicos y sus penurias; el enigma de la

escena. El Gobernador (Pedro Casablanc), amante del teatro aunque nunca vaya a él, simpatiza con los cómicos: «gente extravagante, pero buena gente»; se puede perder el tiempo con ellos porque siempre divierten.

La diversión es transitoria, pues poder y farándula nunca acaban de congeniar; pese a subvenciones, viáticos y tolerancia, si el teatrero mantiene su independencia cimarrona, las cosas acaban como el rosario de la aurora. Ese podría ser el meollo

de esta conmovedora función con la que La Abadía celebra su décimo quinto aniversario; tres lustros de una fecundidad inagotable que han creado un estilo dentro de la diversidad: una poética interactiva de luces, espacio, texto e interpretación.

Por *El arte de la comedia*, que acaban de estrenar nombres ejemplares de la escuela de La Abadía, rotarán otros intérpretes formados en los mismos talleres. De momento señalemos el acierto del veterano Enric Benavent, ha-

bitual en los montajes de Carles Alfaro; de Pedro Casablanc, de Joaquín Hinojosa, de José Luis Alcobendas, Lola Manzano, Jesús Barranco, Carmen Machi, en una intervención episódica.... Y, sobre todo el pulso de dirección y el acierto escenográfico de Alfaro.

Amor al teatro, indagación en los recovecos de su naturaleza, teatro sobre teatro que es una forma efficacísima para evitar la teoría a palo seco sobre la forma de hacer comedias, sobre la apereada vida del cómico. *El arte de la comedia* y el teatro en general de Eduardo de Filippo, es un teatro de la realidad, pero su verismo no tiene nada de naturalismo.

El artificio del arte, su otra dimensión, le presta su verdadera condición de realidad trascendida. Un personaje advierte que esto nada tiene que ver con Pirandello. Y puede que sea cierto; mas lo que no admite duda es el enigma entre realidad y fingimiento. La segunda parte de la obra es un desafío a la inteligencia para averiguar si los visitantes son los cómicos ultrajados o los vecinos representados.

En esos límites de la ficción está el pirandelismo de este texto; en esa sobreactuación gozosa, un poco arcaica, radica la naturaleza esquizofrénica del arte del teatro. Superadas las disquisiciones teóricas de la primera parte, el teatro verdadero se impone. Y cuando parece inminente la aparición de un carabnero que detendrá a los transgresores, Campese, el cómico, sentencia: «en el baúl de cualquier actor puede hallarse un uniforme de teniente de carabineros». Esa es la madre del cordero.